

■

ALCIDES ARGUEDAS, un escritor discutido

No se ha enfriado el ardor de las polémicas que suscitó, allá por el año 1909, la aparición de *Pueblo Enfermo*, el libro de Alcides Arguedas que iba a imponer rápidamente el nombre de este escritor, pero que estaba destinado, al mismo tiempo, a provocarle odiosidades, acusaciones, y una leyenda de hombre amargado y hasta morboso. Muchas plumas, sobre todo extranjeras, le defendieron; pero más numerosas fueron las que se movilizaron para atacarle. El libro corrió, levantando siempre tolvaneras, y mereció—cosa inaudita en un libro americano de esos días—los honores de la reedición. Pero era una obra demasiado áspera para la sensibilidad lugareña, con verdades ardientes como ascuas, y la tranquilidad de su autor no podía dejar de ser acosada. Arguedas tuvo que irse a Europa; podía hacerlo. Europa, además, era entonces como un elemento indispensable para la ejecutoria del escritor. Días de Rubén y Gómez Carrillo; de bohemia calcada en el romanticismo, con capa española de esclavinas francesas, aunque de vueltas demasiado reveladoras del *rastaquier*. No fueron, por fortuna, novelas francesas con orejas indígenas las que escribió allí Arguedas. Dió muestra de no ser un simple *explotador de escándalos*, como algunos, y no precisamente sus detractores, temieron al leer los apasionados juicios de su requisitoria implacable contra los vicios de su pueblo: compuso y entregó a la luz *La Fundación de la República*, que era ya como el voto que decidía el camino elegido por el escritor; con esta obra Arguedas se adentraba en los laberintos de la Historia e iniciaba su obra de esfuerzo: su *Historia de Bolivia*. «Una Historia grande de un pueblo pequeño», pudo comentar con melancólica agudeza Francisco García Calderón. Año tras año fueron apareciendo hasta seis volúmenes de generoso empaste y apretada tipografía y que revelaban madura, laboriosa prepa-

ración: al margen, el autor anunciaba otros tantos títulos en carpeta y no descuidada su labor de novelista: una segunda edición de *Raza de Bronce* y una trilogía de novelas de la que *Vida Criolla* sería un anticipo, estando a medio concluir el resto; y, en fin, *La Danza de las Sombras* (1), cuyo primer tomo, *Literatura y Viajes*, tenemos a la vista, estando en prensa el segundo, *La Política*.

La aparición sucesiva de los diferentes volúmenes de la *Historia* de Arguedas tenía la virtud de renovar la controversia que su primer libro promoviera. Nuevo ardimiento la encendía y en el encono para enjuiciarlo, como en el entusiasmo de sus panegiristas, no entraba en poco grado la política: político el autor mismo, si no militante activo, confeso al menos de una filiación *liberal*, que la tónica de algunos de sus libros parece confirmar, no podía ser de otro modo. Además, Arguedas no era un desaprensivo especulador de temas históricos ni manipulaba sus registros con frío objetivismo de exegeta; había sangre, humanidad, en sus interpretaciones y su pluma incidía la corteza de los hechos.

El discernimiento del *Premio Roma*, que ha recaído en Bolivia sobre *La Danza de las Sombras*, ha permitido esta vez participar a los escritores jóvenes en el enjuiciamiento a que está sometido largo tiempo este escritor boliviano. No conocemos la polémica sino por referencias y éstas nos dicen poco pero sirven para formar vastas síntesis. Vale la pena enunciarlas por lo que tienen de ejemplario y nos permiten asistir a una comprobación muy de nuestro tiempo: la de que no parece ya posible, hoy, el demasiado libre ejercicio de la inteligencia, como simple juego, sin una consiguiente responsabilidad ante su época y que la juventud reclama a los que lo practican.

Los términos del entredicho, desde luego, se renuevan: ya no se le enrostra a Arguedas, simplemente y vagamente, su «an-

---

(1) Subs. de López Robert y Cía. Impresores. Barcelona. 1935.

tipatriotismo», sino que se analiza las doctrinas de su obra, sus métodos, su estructura, su actitud ideológica, sociológica y aun en sus puntos de vista psicológicos; el análisis también se detiene en la forma literaria, en el estilo. El cuadro abstraído a este flujo y reflujo de estimativas, negaciones y ponderaciones, esgrimidas en una atmósfera de juvenil, y muy justificada pasión, se podría componer así: 1) El primer historiador boliviano que organiza su obra utilizando una arquitectura científica y ajustada al más severo pragmatismo; 2) Ideología liberal; 3) Pasional y a veces pasionista; 4) Racialista, concediendo demasiada importancia a la composición del pueblo boliviano y superestimando en exceso la influencia nefasta del mestizo y del indio; 5) Estilo cáustico y valiente; 6) Pesimista, su objetivación se goza en el lado sombrío de los hechos, actitud a la que parece haberse acostumbrado por el hábito de buscar la llaga del mal para revelarla; 7) Ausencia o desconocimiento de la influencia económica en el determinismo de la Historia.

De todo esto ha podido desprenderse una deducción: Arguedas, gran talla de escritor cuya obra merece todos los respetos, pero que en ningún caso le permite asumir la condición de un maestro. Para tamaña inhabilitación parecen decidir, principalmente, los dos últimos puntos. Los escritores jóvenes han reconocido tener un punto de vista perfectamente claro y definido de la Historia al través del materialismo económico. Cuanto al sambenito del pesimismo, la publicación de *La Danza de las Sombras* parece destinada a corroborar la vigencia del aserto con aportaciones cobradas en la boca misma del autor. Tiene este libro, sobre la obra anterior de Arguedas, el interés muy particular de estar organizada con recuerdos y confesiones de un escritor. *El fracaso de un escritor* se titula justamente la parte primera del libro y en ella nos relata el autor, convertido por voluntad propia en actor de los hechos narrados, «las miserias de la vida literaria». Un escritor sudamericano y sus luchas, su formación, sus ambiciones, sus ilusiones, sus contactos con el mundo

que lo rechaza y donde le es difícil hallar otro asidero que no proceda de la política, su fracaso en fin. La conclusión de Arguedas se resume en un subtítulo: *Escribir, faena estéril*. Y este alisio de escepticismo preside el curso de sus recuerdos, que no al azar el autor ha llamado *la danza de las sombras*. La segunda parte está destinada a describir «hechos y paisajes colombianos». En esa atmósfera, nueva para él, de Barranquilla, de Bogotá, de Cali, se airea un tanto la amargura del escritor, que desempeña ahora un cargo diplomático. Son páginas ciertamente agudas y profundas, jugosas, de la vida colombiana, y que nos recuerdan más de una vez la manera de Maurice Paléologue recogiendo día a día las pulsaciones de la vida rusa en *La Rusia de los Zares*. Pero al final se ensombrecen nuevamente los recuerdos del narrador y las páginas del libro: el autor abandona Colombia destituido de su cargo diplomático por el gobierno de Siles, que le reprocha «haber formulado declaraciones inadmisibles contra Estados Unidos». *Partir, c'est mourir un peu*, se repite con D'Haracourt al dejar las costas colombianas y el sabor de sus reflexiones se torna aún más amargo.

El lector no puede menos que extrañarse. ¿Por qué toda esta amargura? No es, por supuesto, únicamente, el escozor de la injusticia; un cargo diplomático, en fin de cuentas... ¿Qué entonces? ¿Sedimentos dejados por los ácidos del tiempo? ¿Desaliento del que estima «haber arado en el mar», componiendo una obra que no iba a ejercer, según él, ninguna influencia en los hombres y las cosas de su país?

Una amargura, de todos modos, que no es ciertamente el mejor signo de seguridad. Decía Dickens: «El mundo es de los que lo conquistan con fe y buen humor». El mundo, es decir, el dominio de sí mismo, de su seguridad interior. Y es eso, casi siempre, la falta de una fe—buen humor, euforia, seguridad—lo que amenaza, cuando no hiere mortalmente, el equilibrio del espíritu en ciertos escritores. Arguedas mismo nos cuenta la tragedia, con marco de París, de ese novelista boliviano. Ar-

mando Chirveches, que, perdido en su confusión espiritual, sin asidero, sin camino, rueda por la pendiente de las negaciones que lo arrastran al fin hasta el suicidio. No creía siquiera en el amor, esa deidad de los románticos, que le tendía sus brazos de mujer francesa—y hasta de dos mujeres—deseosos de salvarlo. Unas cartas, unas disposiciones, un pistoletazo, el último aparato para abandonar un mundo que había perdido para él su contenido.

Comentando la desaparición de dos escritores chilenos, Leonardo Pena y Francisco Contreras, también fallecidos en París, Ernesto Montenegro plantea el problema agudamente como un drama esquiliano librado en el alma del escritor. «Comienza cuando empiezan (los escritores) a sentir la dualidad de su temperamento: las fibras, las células de su organismo son americanas y quieren sentir los anchos espacios, el pleno sol; pero el espíritu es un amasijo de ideas del Viejo Mundo y los lleva a desterrarse». «Europa les devuelve el equilibrio mental, hasta cierto punto; pero como el hombre vive de algo más que eso, comienzan a sentir el vacío de América».

El vacío de sí mismo, que siendo el continente americano sólo puede colmarse de contenido también americano; lo exótico, lo adquirido corroe sus cavidades o las hace estallar.

Y es el drama de las almas a quienes falta una fe; una fe en lo que va siendo América, una fe en lo que puede ser, y será la sociedad futura, el mundo que ha de salir de la fragua de estos vacilantes días.—OSCAR CERRUTO.



DON ANDRÉS BELLO, por *Eugenio Orrego Vicuña*.—Prensas de la Universidad de Chile, 1935.

Este don Andrés Bello, que viene de la primera juventud, más que en el código o la gramática, de unos versos profundos y serenos, de idilio viejo, lo había ido relegando en el pasado de